

Tercera parte de *El verano en que me enamoré*

# SIEMPRE NOS QUEDARÁ EL VERANO

UNA SERIE  
ORIGINAL  
DE

prime  


JENNY HAN



booket

**Jenny Han**

Siempre nos quedará el verano

*Trilogía El verano en que me enamoré 3*

Traducción de Marta Becerril Albornà



## Capítulo uno

Cuando llega la semana de los exámenes finales y llevas estudiando cinco horas seguidas, necesitas tres cosas para superar la noche: tomarte el granizado de cola de cereza más grande que puedas encontrar; ponerte esos pantalones de pijama lavados tantas veces que han quedado finos como un pañuelo de papel, y, por último, hacer pausas para bailar. Montones de pausas para bailar. Cuando se te empiezan a cerrar los ojos y sólo puedes pensar en irte a la cama, haz una pausa para bailar y conseguirás seguir adelante.

Eran las cuatro de la madrugada y estaba estudiando para mi último examen final de primer curso en la Universidad de Finch. Había acampado en la biblioteca de mi residencia con mi nueva mejor amiga, Anika Johnson, y mi vieja mejor amiga, Taylor Jewel. Las vacaciones de verano estaban tan cerca que casi podía saborearlas. Sólo cinco días más. Llevaba contando los días desde el mes de abril.

—¡Pregunta! —ordenó Taylor con voz ronca.

Abrí la libreta por una página al azar

—Define y compara *Anima* y *Animus*.

Taylor se mordisqueó el labio inferior.

—Dame una pista.

—Mmm... Piensa en latín —sugerí.

—¿No he estudiado latín! ¿Habrá preguntas de latín en el examen?

—No, sólo intentaba darte una pista. Porque en latín, los nombres de chico terminan en *-us* y los de chica en *-a*, y *Anima* es el arquetipo femenino y *Animus* el arquetipo masculino. ¿Lo pillas?

Soltó un gran suspiro.

—No. Voy a suspender.

Levantando la vista de sus apuntes, Anika comentó:

—Quizá si dejases de enviar mensajes con el móvil y empezases a estudiar, no suspenderías.

Taylor la fulminó con la mirada.

—Estoy ayudando a mi hermana mayor a planear nuestro *brunch* de fin de curso, por eso esta noche tengo que estar de guardia.

—¿De guardia? —Anika parecía divertida—. ¿Como los médicos?

—Sí, exactamente igual que un médico —espetó Taylor.

—Y bien, ¿qué serán, tortitas o gofres?

—Torrijas, si tanto te interesa.

Estábamos en la clase de psicología de primero y Taylor y yo nos examinaríamos al día siguiente, mientras que Anika lo haría un día más tarde. Anika era mi mejor amiga en la facultad, aparte de Taylor. Sabiendo lo competitiva que era Taylor por naturaleza, estaba más que celosa de nuestra amistad, aunque no lo admitiría ni en un millón de años.

Mi amistad con Anika era distinta de la que tenía con Taylor. Anika era tranquila y relajada y era fácil estar con ella. No te juzgaba. Más que nada, te dejaba espacio para ser diferente. No me conocía de toda la vida, así que no tenía expectativas ni ideas preconcebidas sobre mí. Eso me daba libertad. Y no se parecía a ninguna de mis amigas anteriores. Era de Nueva York, su padre era músico de jazz y su madre, escritora.

Un par de horas más tarde, el sol empezó a inundar la habitación de una luz azulada. A Taylor le colgaba la cabeza entre los hombros, mientras que Anika tenía la mirada perdida como un zombi.

Arrugué dos bolitas de papel y las arrojé a mis dos amigas.

—Pausa de baile —voceé a la vez que presionaba el *play* en mi ordenador y me removía en la silla.

Anika me lanzó una mirada asesina.

—¿Por qué estás tan contenta?

—Porque en sólo unas horas todo habrá acabado —respondí dando una palmada.

No tenía el examen hasta la una y mi plan consistía en volver a mi habitación, dormir un par de horas y levantarme con tiempo de sobra para estudiar un poco más.

Me quedé dormida, pero incluso así me las arreglé para estudiar una hora más. No tuve tiempo de ir al comedor a desayunar, así que sólo bebí una cola de la máquina expendedora.

El examen fue tan difícil como cabía esperar, pero estaba bastante segura de que al menos conseguiría un nota-

ble. Taylor también creía que no suspendería, menos mal. Las dos estábamos demasiado cansadas para celebrarlo, así que chocamos los cinco y nos fuimos cada una por su lado.

Volví a mi habitación dispuesta a perder el conocimiento al menos hasta la hora de la cena, y cuando abrí la puerta, ahí estaba Jeremiah, dormido en mi cama. Cuando dormía parecía un niño pequeño, incluso aunque llevara barba de tres días. Estaba tendido sobre mi colcha, con los pies colgando por el borde y mi oso polar de peluche abrazado contra el pecho.

Me quité los zapatos y me arrastré hasta él. Se movió, abrió los ojos y dijo:

—Hola.

—Hola —respondí.

—¿Cómo ha ido?

—Bastante bien.

—Genial.

Soltó a *Junior Mint* y me abrazó.

—Te he traído la mitad de mi bocadillo del almuerzo.

—Eres un sol —respondí, escondiendo la cara en su pecho.

Me besó el pelo.

—No permitiré que mi chica se salte las comidas a lo loco.

—Sólo el desayuno —aduje, y después de pensarlo un momento, añadí—: Y la comida.

—¿Quieres comértelo ahora? Está en mi mochila.

Lo consideré; estaba hambrienta, pero también cansada.

—Quizá más tarde —contesté cerrando los ojos.

Entonces se volvió a dormir y yo con él. Al despertar,

había oscurecido, *Junior Mint* estaba en el suelo y Jeremiah me había rodeado con los brazos. Él aún dormía.

Habíamos empezado a salir justo antes del inicio de mi último año de instituto, aunque «salir» no parecía la palabra más adecuada. Simplemente habíamos acabado juntos. Sucedió tan de prisa y con tanta facilidad que me parecía que siempre había sido así. Un momento éramos amigos, al siguiente nos estábamos besando y antes de darme cuenta ya me estaba matriculando en la misma universidad que él. Me convencí a mí misma y a todos los demás (él incluido y especialmente mi madre) de que se trataba de una buena universidad, que encima estaba a pocas horas de distancia de casa. Todo era cierto. Pero la verdad era que deseaba estar junto a él. Quería tenerlo conmigo todas las estaciones, no solamente durante el verano.

Y aquí estábamos, tumbados uno al lado del otro en mi habitación de la residencia. Él era un estudiante de segundo año y yo estaba terminando el primer curso. Era de locos pensar lo lejos que habíamos llegado. Nos conocíamos de toda la vida y, por un lado, todo aquello me parecía sorprendente, aunque por otro, también lo sentía como algo que siempre supe que sucedería.

## Capítulo dos

La hermandad de Jeremiah había organizado una fiesta de fin de curso. En menos de una semana volveríamos a casa para disfrutar de las vacaciones y no regresaríamos a Finch hasta finales de agosto. El verano siempre había sido mi estación favorita, pero ahora que por fin volvía a casa la sensación era agri dulce. Me había acostumbrado a ver a Jeremiah cada mañana en el comedor para desayunar y a hacer la colada con él en la casa de la hermandad por la noche. Se le daba bien doblar mis camisetas.

Ese verano volvería a pasarlo haciendo prácticas en la empresa de su padre y yo iba a trabajar de camarera en un restaurante familiar llamado Behrs, igual que el verano anterior. El plan era encontrarnos en la casa de Cousins tan a menudo como fuese posible. El verano anterior no lo habíamos conseguido ni una sola vez, los dos habíamos estado demasiado ocupados con nuestros respectivos trabajos. Yo había aceptado todos los turnos que me ofrecieron para ahorrar para la universidad y sentí un vacío en mi interior al saber que pasaría mi primer verano lejos de Cousins.

Aparecieron algunas luciérnagas. Empezaba a oscurecer y no hacía demasiado calor. Llevaba zapatos de tacón, lo que resultó ser una mala idea, dado que en un gesto impulsivo de última hora había decidido andar en vez de tomar el autobús. Supuse que sería la última vez en una buena temporada que cruzaría el campus en una noche tan bonita.

Había invitado a Anika y a nuestra amiga Shay a acompañarme, pero Anika tenía una fiesta con su grupo de danza y Shay ya había terminado los exámenes y se había marchado volando a casa, a Texas. La hermandad de Taylor celebraba un cóctel, así que ella tampoco iba a venir. Sólo quedábamos mis doloridos pies y yo.

Le envié un mensaje a Jeremiah para decirle que estaba de camino y que iba a pie, de modo que llegaría un poco tarde. Tenía que detenerme a menudo para ponerme bien los zapatos, que no paraban de clavárseme en los talones. Definitivamente, los tacones eran una estupidez.

A mitad de camino me lo encontré sentado en mi banco preferido. Al verme se puso de pie.

—¡Sorpresa!

—No hacía falta que vinieses a buscarme —dije yo, feliz de que lo hubiese hecho. Me senté en el banco.

—Estás guapísima.

Incluso ahora, después de dos años juntos, todavía me sonrojaba un poco cuando decía cosas así.

—Gracias —le contesté. Llevaba un vestido de tirantes que me había prestado Anika. Era blanco, con diminutas flores azules y volantes.

—Me recuerda a *Sonrisas y lágrimas*, pero en plan sexy.

—Gracias —repetí. ¿El vestido hacía que me pareciese

a *Fräulein* María? No sonaba muy bien. Alisé un poco los volantes del vestido.

Un par de chicos a los que no conocía se detuvieron para saludar a Jeremiah, pero yo me quedé en el banco descansando los pies.

Cuando se marcharon, me preguntó:

—¿Lista?

Solté un gruñido.

—Mis pies me están matando. Los zapatos de tacón son una estupidez.

Jeremiah se agachó y dijo:

—Súbete, nena.

Riendo como una boba, me subí a su espalda. Siempre reía cuando me llamaba «nena». No podía evitarlo, Jeremiah era muy gracioso.

Me levantó y le rodeé el cuello con los brazos.

—¿El lunes viene tu padre? —me preguntó mientras cruzábamos el césped.

—Sí. Nos ayudarás, ¿no?

—¡Anda ya! Además de remolcarte por medio campus, ¿también tengo que ayudarte con la mudanza?

Le di una palmada en la cabeza que consiguió eludir.

—Vale, vale —concedió.

Le hice una pedorreta en el cuello y soltó un aullido de niño pequeño. No dejé de reírme en todo el trayecto.

## Capítulo tres

Cuando llegamos a la sede de la hermandad de Jeremiah, las puertas estaban abiertas de par en par y había mucha gente en el césped de la entrada. De todas partes colgaban farolillos de colores. Tres piscinas infantiles hinchables se habían instalado a modo de jacuzzi. Los chicos se perseguían unos a otros con pistolas de agua llenas de cerveza. Algunas de las chicas iban en biquini.

Bajé de un salto de la espalda de Jeremiah y me quité los zapatos.

—Los novatos han hecho un buen trabajo —comentó Jeremiah, mirando satisfecho en dirección a las piscinas hinchables—. ¿Llevas bañador?

Negué con la cabeza.

—¿Quieres que pregunte a las chicas si tienen uno de sobra? —sugirió.

—No, gracias —respondí apresuradamente.

Conocía a algunos de los miembros de la hermandad de Jeremiah porque pasaba bastante tiempo con él, pero no a las chicas. La mayoría eran de Zeta Pi, la hermandad femenina

hermanada con la de Jeremiah. Eso significaba que celebraban juntos cócteles, fiestas y ese tipo de cosas. Jeremiah había querido que me presentase a las pruebas de acceso a Zeta Pi, pero me negué. Le dije que no podía permitirme las cuotas y el coste extra de vivir en una hermandad, pero en realidad era porque deseaba relacionarme con todo tipo de chicas, no sólo las que pertenecían a la misma hermandad. Quería una «experiencia universitaria más amplia», como siempre decía mi madre. Según Taylor, Zeta Pi era para fiesteras y putillas, al contrario que la suya, que en teoría era más exclusiva y tenía más clase. Y además estaba mucho más volcada en temas de trabajo comunitario, según ella.

No paraban de venir chicas a decir hola y a abrazar a Jeremiah. A mí también me saludaban y yo les devolvía el saludo. Subí arriba a dejar mi bolso en su habitación. Mientras bajaba la escalera de regreso, la vi.

Lacie Barone, enfundada en unos vaqueros ajustados, una blusa de tirantes de seda y unos tacones de marca de cuero rojo que como mucho conseguían que llegase al metro sesenta de altura, estaba hablando con Jeremiah. Lacie era la relaciones públicas de Zeta Pi y estaba en tercero, así que era un año mayor que Jeremiah y dos mayor que yo. Tenía el pelo de un castaño oscuro, que lucía en una media melena estilizada, y era muy menuda. Estaba, en opinión de cualquier chico, muy buena. Según Taylor, Jeremiah le gustaba. Le dije a Taylor que me daba igual, y lo dije en serio. ¿Por qué iba a importarme?

Claro que Jeremiah gustaba a las chicas. Era exactamente el tipo de hombre que les gustaba. Pero incluso una chica tan guapa como Lacie no tenía nada que hacer. Nuestra relación había tomado forma a lo largo de años y más

años. Yo lo conocía mejor que nadie, igual que él a mí, y sabía que Jere nunca se fijaría en otra.

Jeremiah me vio y me hizo un gesto para que me acercase. Fui hasta ellos y saludé a Lacie.

—Hola —respondió.

Arrimándome a él, Jeremiah comentó:

—Lacie se marcha a estudiar a París en otoño.

A Lacie le explicó:

—Nosotros queremos viajar por Europa en plan mochilero el próximo verano.

Sorbiendo su cerveza, Lacie comentó:

—Qué guay. ¿Por qué países?

—Francia seguro —prosiguió Jeremiah—. Belly habla un francés muy fluido.

—No es verdad —aclaré, azorada—. Sólo tengo un nivel muy básico.

—Yo también soy terrible. Sólo quiero ir para comer montones de queso y chocolate.

Tenía una voz sorprendentemente ronca para ser tan diminuta. Me pregunté si fumaría. Me sonrió y pensé que Taylor se equivocaba con ella, era una chica simpática.

Cuando se marchó a por una bebida unos minutos después, comenté:

—Es maja.

Jeremiah se encogió de hombros y respondió:

—Sí, me cae bien. ¿Quieres algo de beber?

—Vale —contesté.

Me tomó por los hombros y me condujo hasta el sofá.

—Quédate aquí sentada. No muevas ni un músculo. Vuelvo en seguida.

Lo estuve observando mientras se abría paso entre el

gentío, orgullosa de que fuese mío. Mi novio, mi Jeremiah. El primer chico junto al que había dormido. El primero al que le había hablado sobre el día en que sorprendí por accidente a mis padres haciéndolo. El primero en salir a comprarme ibuprofeno para aliviar mis dolores menstruales, el primero en pintarme las uñas de los pies, en sujetarme el pelo mientras vomitaba una vez que me emborraché delante de sus amigos, el primero en escribirme una nota romántica en la pizarra que colgaba de la puerta de mi habitación.

Eres la leche de mi batido, por siempre jamás, con amor, J.

Fue el primer chico al que besé. Era mi mejor amigo. Cada vez lo comprendía mejor. Así era como tenía que ser. Él era el único para mí.